



CARLOS SANTOS

333 HISTORIAS DE LA TRANSICIÓN

CHAQUETAS DE PANA, TETAS AL
AIRE, RUIDO DE SABLES, SUSPIROS,
ALGARADAS Y... CONSENSO



ÍNDICE

Dedicatoria

Agradecimientos

Como un álbum, para que me entiendas

1. LA VERDADERA MUERTE DE FRANCISCO FRANCO
2. LAS PUERTAS Y EL AIRE
3. NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA
4. LA PROMOCIÓN LENIN (Y OTRAS)
5. LA LARGA MARCHA DEL DICTADOR
6. LOS 574 DÍAS QUE VIVIMOS PELIGROSAMENTE
7. LIBERTAD, LIBERTAD
8. HUBO UN TIEMPO EN EL QUE AMÁBAMOS A NUESTROS POLÍTICOS
9. CABOS SUELTOS
10. EL DÍA QUE APRENDIMOS PARA QUÉ SIRVE UN PARLAMENTO
11. EL FUTURO YA ESTÁ AQUÍ

Epílogo. Candados

Créditos

*A la memoria de mi padre, Francisco Santos,
que hizo lo que pudo... además de aguantar
una dictadura, que no es poco.*

AGRADECIMIENTOS

GRACIAS:

A Manolo Miralles, que vivió para contarlo, pero no para leerlo.

A los demás amigos, hermanos y parientes que me han regalado su tiempo y han hurgado en su memoria para avivar la mía, dando a este mosaico de historias reales la única dimensión, coral y colectiva, que puede tener la historia real. A saber:

Adrián Ruiz
Agustín Molina
Alfonso Casanova
Alfonso Valenzuela
Alfredo Sánchez
Amalia S. Sampedro
Ana Mayoral
Andrés de Miguel
Ángeles Huet
Antonio Zapata
Charín Gurriarán
Chucho Gurriarán
Chus Santos
Diego Galán
Eduardo Lacasta
Elisabeth Wagner
Eva García Vaquero
Federico Moreno
Fermín Galán

Fernando Palacios
Fernando Reinlein
Fernando Tejada
Francis Santos
Iñaki Zuloaga
J. M.García Mateache
Javier Sádaba
Jesús Pozo
Joaquín Araujo
Jorge Santos
José A. Gurriarán
José Luis Martínez
José María de Juana
José María Íñigo
José María Perceval
José Miguel Utande
José Ramón Pardo
Josep María Sanmartí
Juan Tortosa
Juana Valares
Luis Figuerola-Ferretti
Manolín García
Marta Núñez
Menchu Mendizábal
Merceditas Rosón
Merche G. Frías
Merche Jansa
Nieves Concostrina
Paco García
Paco Guerra
Paco Somoza
Ricardo Gurriarán
Sacha Hormaechea
Tato Puerto

Y gracias a todos los periodistas que antes que yo han echado muchas horas en reconstruir este periodo con libros

imprescindibles. Desde Bonifacio de la Cuadra y Sol Gallego-Díaz hasta Juan Fernández-Miranda, pasando por Victoria Prego, maestra indiscutida en esta materia, Víctor Márquez Reviriego, Mariano Guindal, Fernando Onega, Manuel Campo Vidal, Pepe Oneto, Ramos Espejo, José Apezarena, Fernando Jáuregui, Julia Navarro, Gregorio Morán, Abel Hernández, Pedro Vega, Rogelio Baón, Pilar Cernuda, Pepe Cavero... Si alguno, al leer este libro, sospecha que antes he hojeado el suyo, acertará. También he consultado, claro, las obras de historiadores como Paul Preston y las memorias de personajes de la época como López Rodó, Santiago Carrillo, José María de Areilza o Julio Rodríguez, que son una mina.

Gracias también a mi jefa, Pepa Fernández, y a Radio Nacional, que me permiten seguir conociendo día a día y centímetro a centímetro la piel de este país donde las transiciones no se terminan nunca, aunque algunas, menos mal, terminen bien.

COMO UN ÁLBUM, PARA QUE ME ENTIENDAS

Este no es exactamente un libro de historia pero es un libro de historias, reales como la historia misma. Lo que se cuenta pasó, tal y como se cuenta, sin una sola concesión a la ficción. Aunque cada una de esas historias responde a testimonios directos y documentados, en muchos casos se prescinde del nombre de los protagonistas: es una manera de subrayar que lo que hicieron o les ocurrió también lo hicieron o les ocurrió a otras muchas personas, en un proceso donde las personas sin nombre conocido tuvieron un papel trascendente.

Buena parte de estos episodios he tenido la fortuna de vivirlos en primera fila, como periodista primerizo en las redacciones de *El Imparcial*, *RNE*, *Mundo Diario*, *El Noticiero Universal* o *Diario 16*. También he tenido la fortuna de tratar de cerca a casi todos los personajes históricos que aquí aparecen. Como no me fío de mi memoria, siempre lo apunto todo, en unos cuadernos que conservo desde 1978 y tienen nombre propio desde 1995, cuando empecé a trabajar en la radio con Carlos Herrera: «La libreta colorá». Si encuentras aquí comentarios o *susedíos*, como dicen en Cádiz, de Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Alfonso Guerra, Xabier Arzalluz, Solé Tura, Juan José Rosón o, un poner, Manuel Fraga, de los que no tenías noticia, es porque me los hicieron a mí o los hicieron delante de mí, que rápidamente los apunté en la libreta. Una vez escritos, he procurado quitarme de en medio: si los fotógrafos no salen en las fotos, tampoco hace falta que los periodistas salgan en los textos.

Este texto, además, no lo he escrito solo. Me he apropiado de los recuerdos de medio centenar de personas con las que tengo sólidos lazos afectivos: hermanos, compañeros, amigos de toda la vida... Cuando me di cuenta de que soy incapaz de encerrarme ocho horas al día para escribir empecé a aprovechar los viajes, las cañitas, las sobremesas, las partidas de mus y las marchas por el monte para ir sacando «cosas para el libro» a la gente con la que convivo, entre la que hay de todo: profesores, obreros manuales, jueces, músicos, militares, oficinistas, historiadores... Cuando advertí que esa visión multifocal es mucho más interesante que la mía, y que la de muchos libros sobre esa época, lo convertí en sistema de trabajo. Esas conversaciones están en los cimientos de esta narración, que es coral, como el periodo que relata. Es como un álbum de fotos, para que me entiendas, hecho con las fotos propias, las de la familia, los amigos y los colegas, aunque ordenadas, eso sí, a mi manera.

Puede que alguna de las fotos esté amarillenta, desenfocada o deteriorada. Pero todo lo que se cuenta aquí ocurrió, tal cual, en un periodo importante de nuestra historia: el que va de la dictadura a la democracia. Ese periodo no comienza con la muerte física de Franco, en 1975, sino unos años antes: cuando los «hombres de negro» de las instituciones económicas mundiales vienen por primera vez a España, las familias del poder empiezan a pelearse entre ellas y el régimen emanado de la Guerra Civil empieza a desmoronarse; cuando el Partido Comunista y las «comisiones obreras» empiezan a hacer la guerra dentro del sistema, llegan los aires vaticanos del «espíritu evangélico», los del mayo francés o los del pacifismo americano; cuando los profesores se ponen al frente de las manifestaciones de estudiantes, los emigrantes y los turistas traen nuevas costumbres, además de traer buenas divisas, y en fin, cuando los españoles empiezan a ver con simpatía esos cambios y a implicarse en ellos.

No creo que haya una sola historia de la Transición: hay muchas; entre las 333 que se recogen aquí, que son las que caben en las 400 páginas que me pidió la editora, Berenice Galaz —que me ha hecho muy oportunas sugerencias— y los 35 millones, que son las personas que vivían en España en 1975. Y no creo que fuera un proceso diseñado en los despachos del poder. Aunque en esos despachos hubo notoria actividad, lo que aquí se cuenta es un movimiento sentimental, cultural y social que se vivió en los bares y las iglesias, las aulas y los cuarteles, las camas y las cárceles, los talleres de arte y los mecánicos, las salas de billar, las de banderas, los clubes de montaña, los de fútbol, los cines, las librerías, el Parlamento democrático e incluso esa parodia de parlamento que eran las Cortes de Franco. La idea no es relatar los mecanismos políticos que desembocaron en la construcción de un Estado de Derecho tras una dictadura. La idea es dar las claves, recrear la atmósfera y el ánimo colectivo de un momento histórico en el que todos los protagonistas lo tenían claro: las cosas nunca volverían a ser como eran. Por cierto, que ese momento histórico no solo tuvo como marco escénico la capital, como cabría pensar leyendo ciertos libros: se vivió con ganas en cada uno de los territorios y cada uno de los 8.200 pueblos de España, llenos todavía de plazas y avenidas con los nombres de los generales que ganaron la Guerra Civil.

Hala, a ver fotos, en el orden que quieras. Empezamos con un plano general sobre la muerte del franquismo, que no es lo mismo que la muerte de Franco, luego damos unos pasos atrás para tomar carrerilla en los años sesenta, y a partir de ahí la cosa va en orden cronológico... más o menos. Con los álbumes de la memoria no valen cronologías, ya tú sabes.

1

LA VERDADERA MUERTE DE FRANCISCO FRANCO

ES VERDAD: AQUEL DÍA SE BEBIÓ MUCHO CAVA

Es verdad: aquel día se bebió mucho cava, que todavía no se llamaba cava. La gente decía *champán* y en las etiquetas ponía *champaña*, *champagne* o *methòde champanoise*, en francés, aunque se tratara de un vino blanco espumoso producido en España, el 95 por ciento en Cataluña, gracias en buena parte al impulso que en el siglo XIX dio al sector un ingeniero agrónomo madrileño llamado Luis Justo de Villanueva. Habría que esperar unos años, hasta 1980, para que las presiones de los franceses provocaran la búsqueda de una denominación propia. Tras arduas negociaciones entre los bodegueros y el Ministerio de Agricultura se impondría la palabra *cava*, aportación de un funcionario de origen navarro apellidado Urzaiz.

Fuera cual fuera el nombre, el 20 de noviembre de 1975 se vaciaron muchísimas botellas. Desde L'Eixample de Barcelona, que entonces había que llamar Ensanche, hasta el Casco Vello de Santiago, que tampoco se podía llamar así, desde los pisos de estudiantes de la calle Pedro Antonio Alarcón, en Granada, hasta los de Argüelles, en Madrid, pasando por El Carmen de Valencia, las Siete Calles de Bilbao o los apartamentos que compartían soldados destinados en las islas Baleares por su dudosa conducta. Y no solo cava. En la prisión militar de El Ferrol unos capitanes demócratas que estaban presos por eso, por demócratas, acompañaron con ribeiro la mariscada que financió un alférez de las milicias universitarias. Uno de los capitanes se ofreció voluntario para activar el cañón en una de las salvas de or-

denanza, que había que dar cada cuarto de hora en memoria del difunto.

Es verdad: aquel día se bebió mucho cava. Y sidra asturiana. Y coñac jerezano. Y txacolí. Y vino tinto. Lo que cada cual tenía a mano. Ahí estaban al día siguiente las botellas vacías, en el suelo, a la puerta de unas casas en las que todavía no eran habituales los contenedores de basura.

Puede parecer de pésimo gusto que unas personas beban sin tasa tras del fallecimiento de otra, salvo que esas personas sean irlandesas. Sirva como atenuante que el fallecido, Francisco Franco, había tenido conductas deplorables en los treinta y nueve años anteriores y el ser humano tiene natural tendencia a celebrar las desgracias ajenas cuando quien las sufre ha sido causante de las propias. Sirva como eximente que muchos de los que durante horas descorcharon botellas con alegría no brindaban por la muerte de un individuo: brindaban por el fin de una época y, sobre todo, por el comienzo de otra.

BRINDIS EN LA RESIDENCIA DE LA PAZ

Es el día grande, la fiesta mayor de ese periodo histórico que llamarán «Transición». Comenzó unos años antes, con el declive de la dictadura emanada del golpe militar de 1936, y terminará unos años después. Para unos, con las primeras elecciones democráticas, en junio de 1977. Para otros, con la aprobación por referéndum de una Constitución, en diciembre de 1978. O con el fallido golpe de Estado de Tejero, en febrero de 1981. O el 28 de octubre de 1982, cuando diez millones de españoles den el poder en las urnas a un partido de izquierdas, el PSOE, señal segura de que ya hay una democracia consolidada.

Pero todo eso no ocurriría si no fuera porque el dictador se muere de muerte natural el 20 de noviembre de 1975. Por eso se descorchan botellas, guardadas en las ne-

veras desde mucho tiempo atrás o reclamadas sobre la marcha al camarero. Eso hace, nada más conocer la noticia, una joven redactora del diario *Informaciones*, María Antonia Iglesias. Está en la cafetería de la Residencia Sanitaria de la Paz, donde acaba de dar sus últimas bocanadas el general Franco, y su petición espanta a los demás periodistas, que temen las consecuencias.

—Camarero, si le he dicho que traiga usted una botella de champán y unas copas... ya está tardando.

En silencio sepulcral trae el asustado camarero la botella y en silencio se procede al descorche y escanciado. Solo hay sonrisas de alivio cuando todos, incluidos los policías de paisano que están al acecho, escuchan el brindis:

—¡Por el rey!

No es champán, es cava. Pero todavía no se llama así y ningún historiador podrá demostrar que en uno solo de los brindis de este día, y no precisamente por el rey, alguien se molesta en mirar la etiqueta.

ESTA VEZ PORQUE SÍ

Esta historia real hecha de historias reales, que los historiadores llamarán «la Transición», pudo comenzar cualquier día de cualquiera de los años anteriores. El día de 1950 en el que un joven obispo apellidado Tarancón defendió en una pastoral el reparto equitativo de alimentos y denunció a quienes se enriquecían con el hambre ajena. El día de febrero de 1956 en el que Franco, «Caudillo de España por la gracia de Dios», según decían las monedas, envió a la cárcel de Carabanchel un tablero de ajedrez para que se entretuviera el estudiante José María Ruiz-Gallardón, hijo de un buen amigo suyo, encarcelado con otros chicos de buena familia por defender cosas que los chicos de buena familia no deben defender en las dictaduras. El día de 1955 en el que Santiago Carrillo, jefe del clandestino Partido Co-

munista de España, usó por primera vez en un artículo, publicado en París, la expresión «reconciliación nacional». El día de 1963 en el que a un ministro le tembló la mano al firmar la condena a muerte del comunista Julián Grimau y, sin embargo, firmó. O el día en que Carrillo abroncó a los redactores de Radio Pirenaica, entre ellos el hijo de un panadero catalán apellidado Solé Tura, por llamar «asesinos» a esos ministros:

—Que sea la última vez, porque... con alguno de esos tendremos que pactar nosotros.

El edificio de la Transición tal vez se comenzó a construir el día de 1962 en el que empezaron a ser visibles, en las minas de Asturias, las primeras comisiones obreras, después de que la dirección del PCE decidiera practicar la política del *entrismo*: meter su activismo clandestino en la estructura sindical de la dictadura, «sin cambiar ni los ascensores». O el día de 1966 en el que muchos españoles de clase media se negaron a votar «sí» en el referéndum sobre la «democracia orgánica», peculiar engendro de la dictadura, porque, explicaban a sus hijos, «eso de democracia no tiene nada; solo son lentejas: o las comes o las dejás». O el día que empezaron a llegar a la universidad los hijos de los perdedores de la Guerra Civil, los ecos del mayo francés y los del pacifismo americano, que proponía algo tan simple y sugestivo como hacer el amor y no la guerra.

Pongamos que la verdadera muerte de Francisco Franco empieza el 1 de octubre de 1971. Ese día se cumplen treinta y cinco años desde que sus compañeros lo nombraron jefe supremo de las fuerzas rebeldes y jefe de Gobierno de la zona ocupada, tras dar juntos un golpe militar contra el gobierno legalmente establecido. Ciudadanos llegados de toda España se concentran en Madrid para mostrarle su apoyo con un lema que por sí mismo denota el declive, la falta de entusiasmo y la ausencia de perspectivas de futuro: «Esta vez porque sí».

Mal debe de andar ya un dictador para que sus seguidores se manifiesten porque sí.

EL MISTERIO DE LA PLAZA DE ORIENTE

Misterios de Madrid: ¿por qué llaman Palacio de Oriente a un palacio situado en la parte más occidental de la ciudad? Por una perversión o evolución natural del lenguaje: denominan al Palacio Real con el nombre de su plaza más popular, la de Oriente, que a su vez se llama así porque está en la vertiente oriental del edificio. Desparramadas por esa plaza, desde la que se contemplan las mejores puestas de sol de Madrid, junto con varios parterres y docenas de árboles centenarios están las estatuas de algunos reyes medievales que, pensadas para el friso del edificio, quedaron finalmente en el suelo. Cuentan que a mediados del siglo XIX la reina Bárbara de Braganza soñó, y era un sueño razonable, que si las ponían en lo alto podía venirse abajo la fachada.

En esa plaza gusta recibir el general Franco lo que él y sus cronistas llaman «actos de adhesión inquebrantable». Ha recibido muchos, siempre con el mismo ritual. Asomado al balcón del palacio con su señora, Carmen Polo, sus ministros y militares más fieles, responde a los vítores alzando el brazo, a la romana, cada año con menor marcialidad.

—¡Si ellos tienen ONU nosotros tenemos dos! —gritaba la multitud en una de las primeras concentraciones, cuando dejaron a España fuera de la recién nacida Organización de Naciones Unidas.

—¡Franco, Franco, Franco! —gritan en todas las demás, elevando al cubo la potencia de su nombre, antes de rematar la faena con los llamados «gritos de rigor».

—España.

—¡Una!

—España.